



Leila Guerriero, el viernes en Madrid. / SAMUEL SÁNCHEZ

La escritora argentina cuenta cómo abordó en 'La llamada' la vida de Silvia Labayru, torturada y violada en la ESMA y, después, repudiada por sus compañeros

## Leila Guerriero y los claroscuros de las víctimas de la dictadura

ANDREA AGUILAR, Madrid  
La llamada que da título al nuevo libro de Leila Guerriero la recibió el 14 de marzo de 1977 un mayor de la Fuerza Aérea y piloto civil a propósito de su única hija. Falta-ban apenas unos días para que se cumpliera un año del golpe que instauró la dictadura de la Junta Militar en Argentina y desencadenó una feroz represión. Silvia Labayru, la protagonista del retrato que a lo largo de más de 400 páginas construye Guerriero, era miembro del sector de inteligencia del grupo armado Montoneros, llevaba casi tres meses en paradero desconocido y su padre la daba por muerta. Pero seguía viva, contaba 20 años, la habían detenido embarazada de cinco me-

ses y estaba ya de ocho cuando sonó aquel teléfono. Aún permanecería detenida más de un año, hasta mediados de 1978, en las siniestras dependencias de la ESMA en Buenos Aires, la Escuela de Mecánica de la Armada que se convirtió en centro de detención, muerte y tortura por el que pasaron unas 5.000 personas y del que 200 salieron con vida.

Silvia Labayru sobrevivió y visitó más de 40 años después la ESMA, convertida hoy en Museo Sitio de Memoria, con la cronista más destacada de su generación, columnista y colaboradora de EL PAÍS, autora de libros como *Los suicidas del fin del mundo* (2005), *Opus Gelber, retrato de un pianista* (2019), *Plano americano* (2018) o

*La otra guerra* (2020), con la que mantuvo a lo largo de 19 meses, en plena pandemia, las conversaciones que recoge *La llamada*, (Anagrama). En 1977 Labayru fue torturada, dio a luz en la ESMA en abril al primer bebé que nació en esas dependencias —su hija Vera, que fue entregada a sus abuelos paternos—, trabajó junto a dos jefes montoneros en una oficina de los militares y uno de ellos, el teniente Alfredo Astiz, que ya estaba infiltrado en el grupo de las Madres de Mayo haciéndose pasar por un familiar de un desaparecido, la llevó consigo a las reuniones. Aquella operación comandada por ese oscuro "ángel rubio" se saldó con el secuestro y posterior asesinato de 11 personas, en-

tre las que había tres madres y dos monjas francesas, en un caso que hizo sonar las alarmas en todo el mundo.

Labayru ha testificado contra los militares en todos los juicios en los que ha sido requerida, y en 2014 fue una de las tres mujeres que presentó cargos por violencia sexual durante su arresto —hasta 2010 la violación no estaba reconocida como delito autónomo—. La sentencia a su favor fue dictaminada en el verano de 2021 y para entonces ya llevaba meses desembrollando con Guerriero la historia de su vida.

La periodista y escritora llegó hasta Labayru a través de una información sobre ese caso judicial por violación y de un amigo co-

mún, el fotógrafo Dani Yako. "Pensé que a Leila podía interesarle", cuenta Yako por teléfono desde Buenos Aires, y dice que esas dos mujeres son "fuerzas de la naturaleza", y que aunque temió perder a sus amigas si aquello no salía bien, vio que congeniaron. *La llamada* arranca con un asado en casa del fotógrafo y en sus páginas asoma casi como un afluente el libro *Exilio 1976-1983* que él y su grupo de amigos del prestigioso Colegio Nacional publicaron con las imágenes que Yako tomó de todos ellos a finales de los setenta, mayormente en España.

Fotografías —que se exponen estos días en la librería Olavide de Madrid— de Labayru con su hija y también de otros niños; del grupo de amigos, entre los que está también Martín Caparrós. Él escribe en uno de los textos que acompañan las fotos de los setenta: "Nuestras partidas no habían sido fáciles; algunos habían estado presos o desaparecidos, todos cargábamos con la muerte de gente muy cercana. Pero no queríamos hundirnos en el pantano de la víctima, sino buscarlos la vida". Yako recuerda que aquel grupo "era cerrado y sólido", y apunta que quizá ahora se abrió una "etapa de comprender lo que nos pasó y lo que nos pasa".

*La llamada*, que finalmente Guerriero escribió en cuatro meses, recorre la vida de Labayru desde su adolescencia marcada por un precoz compromiso político hasta el momento presente y su regreso en los últimos años a Argentina para retomar una historia de amor que arrancó en el mismo colegio donde entró en contacto con la izquierda radical y donde conoció a ese grupo de amigos. También están sus años en Madrid después de la ESMA, su matrimonio fallido con el padre de su hija mayor, el médico Alberto Lennie, sus siguientes parejas y el hijo que tuvo más de una década después de haber salido de Argentina. "Me costó muchísimo encontrar la estructura porque las conversaciones con Silvia y con todos sus amigos, parejas, exparejas, etc., fueron muchísimas. Tenía una cantidad de material descomunal", explicaba el jueves por la tarde Guerriero, recién aterrizada en Madrid desde el verano austral.

En la descripción, por momentos minuciosa, de sus encuentros con Labayru hay mascarillas ("barbijos"), PCR, ventanas abiertas, espacios exteriores y distancias de seguridad que no eran solo metafóricas. "Silvia es una persona muy articulada. Yo preguntaba y era como un auto al que vos apretas el acelerador y daba, daba, daba. Pero siempre mantuvimos una gran distancia en la relación, que creo que es la única manera en la que puedes preguntar determinadas cosas, desde un lugar muy opaco, muy ausente, si querés. Silvia construyó toda su vida con una postura que fue la de no tener autocomplacencia, por lo menos hoy, no se puede saber si esto era así cuando tenía 22, 23, 24, 25 años, porque uno aprende con el tiempo a tener templanza". Guerriero rechaza por el momento hacer cualquier charla o entrevista pública con Labayru. Ella leyó el libro en diciembre y está "muy conforme", dice la autora.



Más allá de las dificultades de forma que Guerrero afrontó, había cuestiones controvertidas de tema y fondo, como la sospecha y hostilidad que ha rodeado a los supervivientes o la crítica abierta a los ideales de la izquierda radical y la lucha armada. "Quizá más que revisión histórica se podría hablar de revulsión", apunta sobre el momento presente el escritor Rodrigo Fresán, quien presentará *La llamada* el martes en Barcelona y quien describe esta obra de Guerrero en la faja como "un *A sangre caliente*", en contraposición al célebre libro de Truman Capote.

**Pregunta.** Según avanzaban los encuentros con Labayru, ¿le preocupaba que la cercanía afectara la manera de contar su historia o de mirarla?

**Respuesta.** No, nunca. Después de casi dos años, de conocer a todo su entorno y hablar con sus hijos, hay capas de cierta prevención por parte de la persona a la que entrevistas que van cayendo. Se va dando cuenta de que tu trabajo es serio. Silvia es una mujer muy inteligente y tuvo todo el tiempo el reflejo de que yo era una periodista. Obviamente, si me decía "te voy a contar algo, pero esto no lo cuentes", yo lo respeté; cosas en relación a sus hijos, su familia, historias internas que no vienen al caso, no hay nada de eso. Pero de mi parte no hubo nunca un temor a decir "me estoy encariñando", para nada.

**P.** ¿Su visión de Labayru no cambió? ¿Lo que pensó la primera vez de ella es lo mismo que pensó después?

**R.** Cuando fui a verla no sabía nada más que lo que se había publicado en ese momento en los diarios y un poco de antiguas notas de prensa en las que se mencionaba su nombre lateralmente por el tema de las monjas y las madres desaparecidas y Astiz. Luego me fui enterando de un montón de cosas y mirando muchas otras. Y reportear tanto implica ver cada vez mejor. Fui descubriendo una mujer muchísimo más compleja cada vez, muchísimo más laberíntica, despistada.

**P.** ¿Tuvo dudas?

**R.** Dudas en cuanto a que era una buena historia y a que Silvia estaba cómoda hablando conmigo, no. Pero en un momento que recojo en el libro, ella me cuenta que una vez se metió en la jaula de un perro, y me pregunté si no era yo ese mastín napolitano en todos los sentidos: un mastín que la puede despedazar, porque ella estaba yendo a ciegas y no sabía qué era lo que yo iba a escribir; y ese mismo mastín que en la jaula comía jamón de su mano, es decir, si estaba siendo manipulada y no era yo su vehículo para contar una versión de la historia. Esa duda se desvaneció, no habría escrito el libro si no. El periodista que escribe y no duda de nada es un poco tonto.

**P.** Escribe que a Labayru le pone muy nerviosa que digan sobre su historia "yo no soy quién para juzgar". Cuando se acercó a ella, ¿partía de esa postura?

**R.** Yo no tengo una visión previa de alguien. Jamás ejerceré un juicio moral, menos sobre una persona a quien le pasó lo que a ella. No tenía esa sensación de no soy quién para juzgar, sino de yo sí soy quién para contar.



Fotografías de Dani Yako incluidas en el libro *Exilio, 1976-1983*. Desde arriba, Silvia Labayru y su hija, Vera Lennie, en Madrid en 1978; parte del grupo de argentinos exiliados en Madrid, en 1981 junto a la tienda de bisutería que abrieron, y Alberto Lennie, Silvia Labayru y su hija Vera, en España en 1978.

**P.** El libro recoge las visiones críticas que algunos de los militantes de la izquierda, no solo Silvia, tienen hoy del sentido de aquella lucha. ¿Le preocupa que eso influya en la manera en que se lea el libro?

**R.** Primero que nada, no soy alguien que vaya a instalar una conversación, esa es una conversación que deben dar ellos en todo caso. Todas las personas entrevistadas tienen que ver con la historia de Silvia. En el libro aparece una situación que quedó enmudecida durante años y que tiene que ver con esto: qué pasa con la gente que sobrevivió y que tiene una historia para contar y que es un poco más disruptiva, como la de Silvia. Hay distintas posturas, y

creo que lo que hay que hacer es escuchar sin levantar el dedo de señalar si este tiene razón o el otro no.

**P.** ¿Llegó el momento de escuchar a los supervivientes?

**R.** Hay toda una conversación ahí que no es tan evidente y que tiene que ver con ese repudio que sufrieron algunos de los supervivientes que fueron señalados, casi diría con la misma frase que utilizaba la derecha para justificar el secuestro de los que fueron desaparecidos, ese "algo habrán hecho". Que hubiera que rendir cuentas de lo que uno hizo o no para sobrevivir me sorprendió enormemente, desde el punto de vista de la existencia humana de apiadarte de alguien que quiere

**Vera, la hija de Silvia Labayru, fue la primera criatura nacida en la ESMA**

**"El periodista que escribe y no duda de nada es un poco tonto", dice la autora**

vivir. Claro, después decís "hay límites", porque hasta qué punto vos te transformás en una persona tan vil que hace cualquier cosa, que no tiene ningún límite de ninguna clase y hasta qué punto se puede justificar. Es una discusión compleja, una conversación interesante.

**P.** Una de las entrevistadas señala que no hay asociación de supervivientes entre las muchas que hay de víctimas de la dictadura.

**R.** Esto que dice Norma Susana Burgos es muy sintomático. Hay cosas que son muy incómodas de escuchar. Eran otras épocas, momentos en los que no había como un refinamiento en torno a determinados conceptos. Por ejemplo, hoy hablamos del consentimiento, pero en los setenta o noventa a nadie se le ocurría pensar sobre eso. Con el paso de los años también hay conceptos que se pueden pensar, ojalá mejor, aunque a veces no pasa eso, sino todo lo contrario. Puedo entender que mucha gente que ha tenido parientes, maridos o hijos desaparecidos reaccione de manera más visceral.

**P.** Ha habido un vuelco político en Argentina y una campaña en la que el tema de la dictadura fue sacudido por la vicepresidenta, que niega la represión y habla de una guerra.

**R.** El libro sale en marzo en Argentina. *La llamada* es la historia de una mujer que sobrevivió, que tiene muchísimas más complejidades y matices que las que se suelen poner sobre la palestra. Si abre de alguna manera una conversación en torno a revisar algunas cosas no me parece que esté mal. ¿Desde cuándo no hablar es mejor que hablar? No deja de ser un tema. No me gusta nada que se hayan puesto en circulación esas ideas.

**P.** ¿Hasta qué punto venir de una familia de militares de alto rango ayudó a Labayru?

**R.** Es imposible responder porque no sé lo que la salvó. Pero hay algo más perverso ahí y esto tiene que ver con el tema de sobreviviente. Nadie sabe por qué se salvó del todo, y eso es terrible para el que se salva también, no saber qué fue. Si eras rubia, si eras hija de militares, si eras no judía, si un militar te tomó cariño, si uno se despertó y dijo qué lástima... no se sabe, nadie sabe y es una pregunta enloquecedora.

**P.** El punto más conocido de la historia de Labayru hasta ahora era que Astiz, que ya estaba infiltrado con las Madres de Mayo, la llevara de acompañante. Hay una insistencia en que estaba callada en las reuniones.

**R.** Como estuviera callada o no son cosas que se dicen con cierta insistencia para rebatir un poco esa idea de "lo acompañó". Lo acompañó no, ¡un carajo! ¿Qué podría haber hecho? La obligaron, la metieron en una situación espantosa, no tenés ningún tipo de elección en ese caso.

**P.** Escribe que entra en las historias movida por un afán de complicarse la vida y pensar que puede vencer. ¿Venció?

**R.** Qué sé yo. En el sentido de haber podido recopilar información, transcrito 1.937 páginas, leído no sé cuántos libros y no haber sucumbido, sí. Vencer narrativamente.